

64

Argonautas y
mercaderes:
ética revolucionaria,
movilidad social y
corrupción dentro de
La Revolución Rusa,
1905-1935

sandra pujals

RESUMEN

DESDE LA DISOLUCIÓN DE LA UNIÓN SOVIÉTICA, la relación entre la corrupción gubernamental y el crimen organizado en Rusia se ha convertido en un tema de constante discusión. Muchos de los estudiosos del problema explican este fenómeno como resultado directo de la destructiva herencia del sistema comunista. Sin embargo, pocos concuerdan al establecer un punto de partida para este desarrollo. ¿Cómo llegó este elemento corrupto a plagar las estructuras económicas y políticas que controlaba el partido comunista? ¿Cómo se les permitió acceso a estos elementos corruptos en un principio? ¿Cuáles son los fundamentos de esta estructura tan aparentemente imperecedera?

El argumento general de esta presentación plantea que la cultura que distinguía al movimiento revolucionario incluía elementos morales y hasta espirituales tradicionales, tales como la ética revolucionaria de conducta intachable y de sacrificio por la causa. La brutalidad de la represión zarista acabó de sentar las bases de esta cultura propia del movimiento, convirtiendo a los presos y exiliados políticos en mártires, héroes y modelos de entrega y entereza. Pero la primera revolución de 1905 cambiaría la fisonomía y la composición social no solo del movimiento radical sino también de la población de prisioneros y exiliados políticos. Miles de trabajadores, soldados y marinos sin educación, para los que la revolución significaba tal vez el único vehículo de movilidad social, se convirtieron de la noche a la mañana en revolucionarios por accidente, arrastrados por la euforia colectiva y las demostraciones masivas durante el período revolucionario. Después de la revolución bolchevique de 1917, muchos de estos revolucionarios de pacotilla falsificarían credenciales de antiguos prisioneros políticos para lograr entrar en la elite revolucionaria y en el círculo de honor, privilegios y beneficios que dicho estatus aportaba. Es así como también llegarían a formar parte del Partido Comunista y de la estructura gerencial en el sector económico, donde, junto a otros sucios socios, desarrollarían una red de corrupción y robo gracias a la confianza que el régimen había puesto en ellos como supuestos modelos de moral y ética revolucionaria.

Palabras clave: Revolución Rusa, corrupción, represión, falsas identidades.

Milenio, Vol. 10, 2006

ISSN 1532-8562

DESDE LA DISOLUCIÓN DE LA UNIÓN SOVIÉTICA, la relación entre la corrupción gubernamental y el crimen organizado en Rusia se ha convertido en tema de constante discusión. Muchos estudiosos explican el fenómeno

como resultado directo de la destructiva herencia del sistema comunista. Sin embargo, pocos coinciden en identificar su punto de partida. Algunos historiadores apuntan a la década de 1930 y al establecimiento de la dictadura de Stalin como fecha clave para la aparición de una red de corrupción dentro del Partido Comunista. Otros, por el contrario, entienden que es precisamente después de la muerte del temible dictador y principalmente bajo la atmósfera de bonanza económica que experimentó el país durante la primera etapa del gobierno de Leonid Brezhnev, que se desarrolla el círculo corrupto dentro de la *nomeklatura* (burocracia) soviética. No obstante, la mayoría de las investigaciones enfatizan la continuidad entre la red clandestina de corrupción que incluía miembros del gobierno comunista y poderosos líderes del mercado negro soviético, y la nueva estructura criminal de la mafia rusa y de los oligarcas.¹

A la luz de tales acontecimientos y de sus posibles repercusiones a nivel mundial, es necesario un estudio histórico de las raíces del problema. ¿Cómo llegó el elemento corrupto a plagar las estructuras económicas y políticas que controlaba el Partido Comunista? ¿Cómo se les permitió acceso a los elementos corruptos en un principio? ¿Cuáles son los fundamentos de esta estructura aparentemente imperecedera?

Si bien es cierto que el crimen organizado en la nueva Rusia es una herencia del régimen comunista, sus raíces se encuentran más allá del sistema político mismo. Es muy probable que la corrupción no llegara a Rusia con el comunismo, ni mucho menos con el malvado Stalin, sino que se transfirió al nuevo sistema, y se expandió y perpetuó gracias a ciertos fundamentos de la cultura revolucionaria rusa, que más que ideológicos y políticos, eran morales, éticos y hasta religiosos. Existe evidencia que sugiere que para la época de la Nueva Política Económica (NEP) establecida por Lenin en 1921,² ya se había desarrollado una corrupta red que conectaba a miembros del Partido Comunista y de otras organizaciones, personal gerencial del sector industrial, y el organismo principal de seguridad del estado, la infame policía secreta conocida por sus siglas en ruso, la *Chéka*. Según un viejo refrán ruso, “bajo las aguas en calma nadan sigilosamente extrañas criaturas”. Así pues, bajo las calmadas aguas de las organizaciones comunistas nadaban plácidamente nuevos parásitos de una red de corrupción que la revolución no había conseguido erradicar, sino que más bien había fomentado.³

El tema de los orígenes de la corrupción en la Rusia soviética y sus implicaciones sociales, políticas y hasta económicas ha recibido poca atención de parte de los historiadores. Muchos ya han identificado la estrecha conexión entre la administración comunista y algunos grupos fuera de la escena política, la influencia de esta simbiosis en el entresijo social de la época de la guerra civil y del NEP.⁴ Sin embargo, dejan fuera de la discusión el elemento de la corrupción. Por otra parte, estudios innovadores han comen-

zado a explorar el fenómeno social de las identidades falsas, particularmente en relación a la corrupción y la criminalidad como un fenómeno intrínsecamente ligado a la revolución. Se enfatiza la conexión entre la oportunidad de movilidad social que auguraba la revolución y la creación de identidades falsas con el propósito de enmascarar actividades delictivas. No obstante, la mayoría de los historiadores que han estudiado el fenómeno lo caracterizan como un producto de la cultura de la época estalinista, sin ofrecer ninguna explicación clara de cómo se desarrolló antes de la llegada del dictador al poder.⁵

Mi trabajo propone contribuir una perspectiva más amplia del tema de las identidades falsas y la corrupción durante las primeras décadas del régimen bolchevique, así también explora su relación con la atmósfera social y cultural de la revolución. Estos fenómenos no estaban separados de la esfera política como otros han propuesto. Por el contrario, eran parte del mismo sistema de privilegios, conexiones y beneficios que la revolución había inaugurado. Los sectores políticos, económicos y sociales estaban ligados intrínsecamente uno con el otro. Además, existe abundante evidencia para fijar una cronología de corrupción y falsas personalidades con propósitos delictivos previa a Stalin, dentro del grupo de revolucionarios y de gente de confianza del partido.

Asimismo, este trabajo también aporta otro elemento al debate sobre las purgas estalinistas entre 1937-1939: la magnitud de la corrupción durante la época anterior a Stalin y su posible relación con la violenta limpieza del partido, las agencias gubernamentales y el andamiaje industrial y económico que el dictador iniciaría posteriormente.⁶

El movimiento revolucionario que se desarrolló en Rusia a partir de la década de 1870 creó su propia cultura de elementos morales y espirituales tradicionales basados en conceptos religiosos, tales como la ética revolucionaria de conducta intachable y de sacrificio por la causa. La brutalidad de la represión zarista acabó de sentar las bases de la cultura del movimiento, convirtiendo a los presos y exiliados políticos en mártires, héroes y modelos de entrega y entereza. Pero la primera revolución de 1905 cambiaría la fisonomía y la composición social, no sólo del movimiento radical, sino también de la población de prisioneros y exiliados políticos. Miles de trabajadores, soldados y marinos sin educación, para quienes la revolución significaba tal vez el único vehículo de movilidad social, se convirtieron de la noche a la mañana en revolucionarios por accidente, arrastrados por la euforia colectiva y las demostraciones masivas durante el período revolucionario. Después de la revolución bolchevique de 1917, muchos de estos revolucionarios de pacotilla falsificarían credenciales de antiguos prisioneros políticos para lograr entrar en la élite revolucionaria y su círculo de honor, y recibir así los privilegios y beneficios de ese estatus. También llegarían a formar parte del

Partido Comunista y de la estructura gerencial en el sector económico, donde, junto a otros sucios socios, desarrollarían una red de corrupción y robo gracias a la confianza que el régimen había puesto en ellos como supuestos modelos de moral y ética revolucionaria.

Durante las últimas décadas del siglo diecinueve y principios del veinte, la ética del movimiento revolucionario en Rusia, conocido como “populismo”, se basaba en elementos culturales y religiosos tradicionales, como la tradición cristiana del martirio, el servicio al pueblo y el sacrificio personal por una causa justa.⁷ Los jóvenes educados en escuelas de segunda enseñanza hacia fines del siglo 19 recibían una educación rigurosamente moral y religiosa a través del estudio de la vida de los santos y mártires de la Iglesia Ortodoxa que incluidos en el libro *Vidas de los Santos*. Estas lecciones, según las expectativas de las autoridades zaristas, servirían para modelar ciudadanos obedientes, responsables y moralmente intachables.

Irónicamente, algunos interpretarían las vidas de los santos como justificación para la lucha de liberación contra el régimen despótico imperial. Por ejemplo, revolucionarios de los primeros años del movimiento radical de 1870 explicaban el terrorismo como un acto de liberación, no sólo político, sino más bien espiritual: “Mis creencias revolucionarias y socialistas se entrelazaron con mi religión. Yo creo que nosotros los socialistas continuamos la causa de Cristo, que pregonaba el amor filial entre la gente y murió por el pueblo como un criminal común”. De esta forma, actos que en otras circunstancias se considerarían crímenes despreciables, se mitificaban y elevaban a verdaderos holocaustos sublimes por amor a la causa.⁸

El régimen bolchevique de los primeros años compartiría la misma tradición. Recuerda una antigua colaboradora del partido: “La idea del revolucionario profesional de Lenin nos acercaba a la época heroica de la revolución rusa y del partido de La Voluntad del Pueblo”. De aquí que durante la primera década después de la revolución, el gobierno premiara con pensiones a los viejos revolucionarios que cincuenta años antes asesinaron al zar Alejandro II en 1870, y que el término “terrorista” se utilizara como un elogio en ceremonias y escritos sobre la época del movimiento de La Voluntad del Pueblo (*Narodnaia volia*).⁹

Las nociones de héroe, santo y revolucionario se entrelazaban sin dificultad en la mente de los rusos gracias a una cultura religiosa en la que el sufrimiento, el sacrificio, la rectitud moral y la entereza de carácter eran las cualidades humanas más deseadas y admiradas. Para aquellos jóvenes que escogían unirse al movimiento populista radical, la prisión política zarista o el exilio en Siberia eran, por lo regular, un destino ya escrito. Las enseñanzas religiosas también forjarían las percepciones de los jóvenes revolucionarios al respecto. El sufrimiento impartía legitimidad al esfuerzo y justificaba la actividad revolucionaria como una labor desinteresada por el

bien común, más allá de intereses egoístas de otros jóvenes que seleccionaban tener una vida convencional, trabajar, casarse y tener hijos. El dolor y el *pathos* revolucionario eran pre-requisitos indispensables para alcanzar una sólida moral superior, porque de lo contrario, “podías terminar por cansarte, buscarte un trabajo o convertirte en otra cosa”, como uno de estos revolucionarios explicaría en una entrevista años más tarde.¹⁰

La primera revolución rusa de 1905 alteró la composición social del movimiento revolucionario al fundir los grupos de la élite revolucionaria con una multitud de insurgentes anti-zaristas, incluyendo trabajadores en huelga, soldados rebeldes, estudiantes radicales y marineros amotinados. Por otra parte, una ola de actividad criminal espontánea, consecuencia típica de la anarquía popular desatada por los sucesos políticos, también aportó un nuevo elemento social al movimiento radical: el revolucionario accidental, producto de circunstancias oportunas para el lucro personal. Un viejo revolucionario recordaría en 1927: “Claro está, es de todos sabido que lo que se llamó el “movimiento de liberación” de 1905 y 1906 atrajo a una masa [de gente] y que con esta masa se incorporó, desgraciadamente, un elemento indeseable que nada tenía que ver con la revolución y que la desacreditó.”¹¹

Soldados, marineros, campesinos y trabajadores se convirtieron de la noche a la mañana en los protagonistas principales de los eventos revolucionarios, dejando atrás a un liderato elitista de finales de siglo. Este nuevo grupo redefiniría el concepto de ética revolucionaria, el cual se resumiría de ahora en adelante pragmáticamente bajo la consigna de “el fin justifica los medios”. La ética revolucionaria de servicio y sacrificio se vio eclipsada por las exigencias, percepciones y metas, tanto sociales como económicas, de los nuevos integrantes del movimiento revolucionario, que no siempre daban la talla. Como apuntaría un líder socialista de la época años más tarde: “la realidad era diferente y muchas veces el comportamiento de los héroes no era muy bonito.”¹²

La revolución de 1905 también alteró la composición de otra faceta de la vida del revolucionario ruso: la prisión política y el exilio. Antes de la Revolución, la comunidad de prisioneros políticos era relativamente homogénea. La mayoría de ellos compartían un mismo trasfondo social, cultural y educativo. El movimiento radical era relativamente pequeño y la unión entre los integrantes de diferentes grupos permitía que muchos prisioneros se conocieran personalmente o al menos por referencias. Pero después de 1905, una ola de nuevos prisioneros políticos inundó las prisiones. La mayoría de los nuevos confinados eran trabajadores y no estudiantes de la *intelligentsia*, como en el pasado. Las diferencias sociales y económicas entre el viejo y el nuevo grupo de encarcelados políticos eran muy marcadas, lo que fomentó la polarización por diferencias de clase, edad e ideología política. Atrás quedaron las tradiciones culturales que distinguieron al movimiento

